

EL FUTURO DE LA ESCUELA CRISTIANA

Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC¹

Hablar de futuro es siempre desafiante y creo que, hoy más que nunca, es un hecho lo dicho por Dennis Gabor, premio Nóbel de física en 1971: «No podemos de ninguna manera predecir el futuro. Debemos inventarlo». Me parece que éste debe ser el punto de partida de una reflexión sobre el futuro de la Escuela Cristiana. No se trata simplemente de prolongar linealmente el pasado, sino de ser capaces de crear una realidad nueva que responda hoy a un mundo tan diferente al de hace apenas unos años. Nosotros lo inventaremos en la medida en que ubiquemos con claridad la misión de la escuela cristiana y corramos el riesgo de nuevas iniciativas significativas que respondan a las necesidades actuales y que encarnen mejor su finalidad.

No debemos olvidar que la escuela es una de las instituciones que menos ha cambiado a lo largo de su secular historia y, de ahí posiblemente, el hecho de la crisis que se vive a nivel educativo y de las búsquedas de nuevos puntos de referencia.

El periódico chileno Mercurio, en su edición del 8 de Agosto del 2008, en un artículo titulado: «Hoy la escuela enseña contenidos del siglo XIX, con profesores del siglo XX, a alumnos del siglo XXI», comenta las palabras del psicólogo español Juan Ignacio Pozo en un estudio financiado por la Comisión Europea que analizó la forma de enseñar en países europeos y latinoamericanos. «El aula es hoy un espacio cada vez más extraño para el alumno, donde pasan cosas que no tienen nada que ver con lo que ocurre en el resto de la sociedad». Por eso, añade en el mismo artículo Diego Portales «Antes en el

¹ Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

colegio uno se enteraba de muchas cosas de las que no se podía enterar en otra parte. Pero eso se acabó. Hoy los alumnos reciben información de muchas otras fuentes y la misión de la escuela debiera ser ayudarles a digerir esos datos y convertirlos en conocimiento». La consecuencia lógica de lo anterior es la necesidad de cambiar radicalmente la concepción del profesor, que debe pasar de alguien que entrega un saber, a alguien que ayuda a encontrarlo.

Sabemos muy bien que muchas veces el sistema educativo se ha inclinado más por la tradición que por la innovación. Hoy, debemos superar esta tendencia dando más fuerza a nuestra capacidad de inventar, de crear, de innovar, porque lo que está en juego es el futuro del ser humano y su supervivencia. Es importante no conformarnos con la tendencia innata de reproducir estructuras, sino más bien el buscar cómo modificarlas y mejorarlas, principalmente aquellas estructuras que aseguren un mundo más justo, una sociedad más participativa y una vivencia más radical de los valores cristianos.

A lo largo de nuestra historia, las necesidades de los jóvenes han despertado siempre la capacidad creativa de parte de muchos fundadores y fundadoras de congregaciones religiosas educativas y de otros educadores cristianos que han estado continuamente atentos a escuchar a los jóvenes y su nuevo lenguaje y a tener en cuenta su historia, sus sueños, sus temores, inquietudes y deseos.

Por eso, la primera condición para innovar es conocer y amar la realidad en la que vivimos con sus luces y sombras, sus más y sus menos. Este contacto con la realidad nos debe llevar en segundo lugar a transmitir un conocimiento que no se contenta con los contenidos, sino que da prioridad a la capacidad de búsqueda, conscientes de que es más importante ayudar a los jóvenes a encontrar un sentido a sus vidas que llenar sus cabezas de ideas; a tener la capacidad de seguir aprendiendo que a saber mucho. Y finalmente, debemos tener el ingenio de hacer que nuestros alumnos se comprometan en la construcción de un mundo mejor, a partir de un profundo espíritu de solidaridad.

Más que partir de certezas debemos comenzar por plantearnos algunos interrogantes y descubrir las intuiciones que harán viable la escuela cristiana del futuro. Entre otros, pienso en los siguientes:

- ¿Cómo caracterizar la escuela cristiana del futuro en un mundo tan diverso económica, cultural, social y religiosamente hablando?
- ¿Cómo equilibrar la asimilación de las culturas con enfoques contraculturales que respondan más acertadamente al Evangelio?
- ¿Cómo valorar y cuidar lo local, siendo abiertos y conscientes de nuestro mundo global?
- ¿Cómo proclamar nuestra fe y amor a Jesucristo, nuestra adhesión a la Iglesia en un mundo cada vez más secularizado y abierto al ecumenismo, a lo interreligioso y respetuoso de las diversas ideologías?
- ¿Cómo fortalecer comunidades educativas en un mundo individualista, acelerado y de relaciones superficiales y líquidas?
- ¿Cómo crear confianza, paz, seguridad en un mundo violento, agresivo, injusto?
- ¿Cómo hacer una real opción por los pobres, por los menos amados, por los que no encuentran sentido a sus vidas, por los que encuentran mayor dificultad en el aprendizaje, por los niños y jóvenes emigrantes, sabiendo unir la gratuidad con la eficacia?

El futuro de la escuela cristiana dependerá en gran parte de las respuestas que demos a estas preguntas. Respuestas que representan nuestra manera concreta de colaborar en la construcción del Reino de Dios, movilizándolo todas nuestras fuerzas día a día, en nuestro servicio educativo y evangelizador en favor de los niños y de los jóvenes.

Señalo algunos aspectos que me parecen especialmente importantes de lo que ha de ser la proyección educativa del futuro de la Escuela Cristiana que hemos de fraguar desde hoy, haciendo así presente ya el mañana.

RESPONDER A LOS RETOS DEL MUNDO NUEVO QUE ESTÁ NACIENDO Y DESARROLLÁNDOSE

Nadie duda que vivimos en un mundo en mutación. No pretendo hacer una descripción de los cambios que estamos viviendo y de los cuales somos protagonistas y/o receptores. Me fijaré simplemente en algunas

características de nuestra realidad hoy, porque me parece que al hablar del futuro de la escuela cristiana debemos partir de *los signos de los tiempos*, siempre ambiguos, pero que nos manifiestan los caminos insondables de Dios.

Vivimos hoy en un mundo que nos seduce no tanto por los grandes relatos que nos presenta, sino por las sensaciones que cotidianamente nos ofrece. Todos conocemos las posibilidades de la tecnología moderna a través de las imágenes y sonidos. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que cuando Dios se hizo carne en Jesús, la máxima expresión de su presencia, se nos comunicó a través de los sentidos: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos... se lo comunicamos...» (1 Jn 1,1-2).

La contemplación nos permite, por un lado, tomar distancia de esas sensaciones, purificarlas y situarlas en su verdadero valor y, por otro, entrar en ellas para descubrir la presencia misteriosa de Dios. Además, podemos ver en esta realidad una llamada a redescubrir el lenguaje narrativo de la fe que nace de unos acontecimientos salvíficos. Ante los excesos del lenguaje discursivo, que a lo mejor ha sido también el nuestro, ¿no será esto una llamada a una sensibilidad contemplativa que parte de la vida, se deja interpelar por los sentidos y descubre a Dios en lo cotidiano?

Vivimos en un mundo en el que la vida se ha acelerado y en donde la eficacia es prioritaria. Podemos comunicarnos casi al instante con todo el mundo, las relaciones se multiplican, el trabajo nos exige ritmos frenéticos, las comidas son rápidas, los compromisos múltiples, los movimientos en las «bolsas» se realizan en segundos, viajar de un continente a otro es cuestión de horas, los inventos y las modas se suceden... Esto facilita, ciertamente, la solución de muchos problemas pero nos puede llevar a responder a lo urgente olvidando lo importante y que lo que ganemos en extensión lo perdamos en profundidad. La escuela cristiana debe ser, por eso, una llamada de atención que nos ayude a sintonizar el tiempo de Dios, que es el tiempo de lo esencial, del amor, de la escucha, de la relación personal tranquila, de la hondura espiritual, de la gratuidad.

Vivimos hoy la globalización, un mundo sin fronteras abierto al intercambio cultural y al diálogo interreligioso, en el que los rostros se hacen cercanos y hay más tolerancia, pero en el que paradójicamente las guerras se multiplican, la lucha contra el terrorismo es prioritaria y las políticas migratorias se endurecen. Vale la pena preguntarnos qué puede significar esto para la escuela cristiana. Creo que es una invitación a ampliar sus horizontes, a no dejar a nadie fuera, a contemplar con respeto las diferencias que nos complementan y enriquecen, a sensibilizarnos con el querer de un Dios, que «quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,3).

Vivimos en un mundo que favorece el individualismo y el intimismo. Por un lado, estamos pasando según varios autores del homo faber al homo ludens, de Prometeo a Narciso, del hombre económico al hombre festivo para el cual lo principal no es trabajar sino disfrutar. Basta echar una mirada a ciertas psicologías modernas para descubrir que el centro debe ser el yo. Freud nos habla de la satisfacción de los deseos, Maslow, de la autorrealización mediante la satisfacción de las necesidades primarias, Adler de la afirmación del propio papel y superioridad en la confrontación con los otros. No cabe duda que uno de los grandes méritos del mundo de hoy es la importancia dada al yo personal. Pero sabemos que se trata de un valor relativo, porque según el Evangelio «el que busca su vida la pierde y el que la pierde la encuentra» (Mt 16, 25). El desafío permanente es descentrarnos de nosotros mismos para centrarnos en Dios y en su plan de salvación en favor de la humanidad. Paradójicamente, sabemos que éste es el camino de una plena realización.

Como sabemos muy bien, la realidad mundial hoy está marcada por un número considerable de conflictos de carácter étnico, racial y religioso, el crecimiento económico mundial y la expansión de los mercados con sus grandes contrastes, la tecnología informativa, los grandes problemas relacionados con la pobreza, sin olvidar la crisis económica de los últimos meses. El programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en sus últimos informes anuales, nos habla de cómo cada vez más la pobreza tiene cara de niño y de niña, de cómo aumentan los índices de repetición y

deserción en las escuelas de muchos países, de cómo el desempleo juvenil se convierte en moneda corriente. Esto se traduce en que una gran parte de la población juvenil queda fuera del sistema educativo y del mercado laboral. Mundo nuevo en el que se nos presentan con dolorosa claridad los rostros de hombres y mujeres, jóvenes y niños, que sufren hambre, inseguridad, situaciones de riesgo, pisoteo de sus derechos como personas, guerras y violencia, empobrecimiento como consecuencia de la crisis global y de estructuras económicas y sociales opresoras. Estos retos que el presente y el próximo futuro nos lanzan dan sentido a nuestra misión y estimulan nuestra creatividad evangélica.

Y en clave de creatividad evangélica podemos descubrir tres movimientos: Ver la realidad, iluminarla con la Palabra de Dios, comprometerse en una acción transformadora. Estos tres movimientos corresponden con la praxis de Jesús que estamos llamados a proseguir en nuestras escuelas cristianas. La actitud de Jesús es programática: ver la realidad, conmovirse y actuar. Creo que esto también es parte de la metodología evangélica que debemos seguir en nuestros centros para que realmente tengan futuro. Movimientos que los educadores cristianos estamos llamados a encarnar en nuestras vidas y a transmitir a nuestros educandos:

- Ver la realidad significa estar al día con lo que pasa en nuestro mundo, leer los periódicos y ver o escuchar los noticieros, no por mero afán de curiosidad, sino para descubrir el paso de Dios en nuestra historia. Y esto no de una manera teórica o lejana, debemos tocar esa realidad y hacer que los jóvenes que educamos la toquen también. Sin experiencias concretas, las más grandes verdades se convierten en humo.
- Conmoverse significa hacer nuestro el dolor de nuestros semejantes, por ejemplo, de esos cientos de emigrantes que, aún exponiendo su vida, buscan un destino más digno para ellos y sus familias; tampoco podemos pasar por alto el peligro de la falta de alimentos, que con la crisis económica que hoy vivimos, amenaza a tantos pueblos, según las palabras del secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon. Conmoverse es sufrir-con, ser sensible a toda forma de injusticia, de pobreza, de sufrimiento. Conmoverse es sentir el corazón herido cuan-

do vemos que hay tantos niños y jóvenes que viven situaciones absurdas e inhumanas. Jesús no tuvo temor en manifestar sus entrañas compasivas ante la multitud que estaba como ovejas sin pastor (Mc 6,34), ante la viuda de Naín que enterraba a su hijo único (Lc 7,13), ante Lázaro su amigo, conmoción hasta las lágrimas (Jn 11,35)... Esto nos debe llevar a que nuestros alumnos tengan también ellos «entrañas de compasión» ante todo dolor humano.

- *Actuar*, es el último paso y el más importante. Sin el actuar, el ver y el conmoverse se reducen a buenas intenciones y sensiblería. Se trata de ir a las últimas consecuencias siendo como Jesús, un hombre-para-los-demás, y saliendo de nosotros mismos y de nuestros intereses personales.

CONSTRUIR UN AMBIENTE PERSONALIZADO Y COMUNITARIO

Nuestra preocupación al pensar y diseñar la Escuela cristiana de hoy y de mañana se concretiza ofreciendo **un ambiente personalizado y comunitario**, donde cada niño, cada joven, florece como ser humano, abierto a la esperanza y con sentido positivo de su vida; en el que cada uno se descubre como hijo o hija de Dios y como hermano o hermana de los demás. En este sentido la escuela cristiana debe ser ese lugar teológico en donde cada niño, cada joven, puede escuchar, como Jesús en su bautismo, la voz del Padre que le dice: «Este es mi hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias» (Mt 3,17).

El proceso educativo característico de una escuela cristiana debe centrarse en la persona de cada educando, de manera que cada uno sea tratado en consonancia con su ser individual, único e irrepetible, y que la atención se dirija de manera integral a la persona de cada niño y de cada joven. Al mismo tiempo, este proceso debe valorar profundamente la calidad de las relaciones y favorecer el trabajo en común y el sentido de comunidad educativa. Se trata de una educación que favorezca más la comunicación horizontal y menos la coacción y el paternalismo.

Pero se trata de un proceso lento, con retrocesos y avances, que necesita madurar pacientemente, como lo podemos ver en la siguiente parábola de Kazanzakis. «Recordé la mañana en que hallé en la corteza de un árbol un capullo, en el momento en que el gusano rompía los hilos envolventes para convertirse en mariposa. Esperé largo rato, pero tardaba demasiado y yo tenía prisa. Fastidiado, me incliné y quise ayudarle calentándolo con el aliento. La envoltura se abrió, el gusano salió arrastrándose, y no olvidaré jamás el horror que sentí al verlo... En vano. Una paciente maduración era necesaria en aquel caso... Mi aliento había forzado al gusanillo a que se presentara fuera del capullo todo arrugadito, antes de término... Ese cadáver pequeño creo que es el mayor peso que gravita sobre mi conciencia. Pues, lo comprendo perfectamente hoy, es pecado mortal forzar las leyes de la naturaleza. No debemos precipitarnos, ni impacientarnos, sino seguir con entera confianza el ritmo eterno.»²

Personalmente encuentro esta parábola muy significativa porque me parece que describe muy bien el sentido más profundo de lo que significa una educación centrada en la persona. El punto de partida es el carácter histórico del ser humano que no solamente vive en la historia sino que se realiza en la historia, lo que significa que toda la vida constituye un proceso de formación con unos ritmos diversos que debemos respetar. El Dios de la historia ha puesto en nuestras manos nuestro destino y por medio de la educación el destino de muchos más. Debemos, por consiguiente, actuar con mucha delicadeza y respeto y no forzar las leyes de la naturaleza.

Tanto en las cartas de Pablo como en las de Pedro hay una idea central que se repite muchas veces. Cada persona es portadora de un don, de un regalo de Dios para los demás. Ese don, como los talentos de la parábola, no puede quedar improductivo. Lo esencial es hacer fructificar esa semilla, hacer real esa potencialidad, compartir esa dádiva. Esta es una de las finalidades principales de todo proceso educativo: ayudar a descubrir y convertir en acto esa potencialidad escondida en el corazón de cada niño, de cada joven.

² Citado por Dolores Aleixandre, *Compañeros en el camino*, Sal Terrae, 1995, pág. 40.

San Pablo nos habla de la misión que Dios me ha confiado (Gal 2,9); del don que Dios me ha concedido (1Co 3,10). Y en relación con los demás afirma: Me agradaría que todos los hombres siguieran mi ejemplo, pero cada uno tiene de Dios su propio don (1Co 7,7), y San Pedro, de forma si queremos más clara, afirma: Cada uno ha recibido su don; póngalo al servicio de los demás como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1P 4,10).

Las preguntas que podemos hacernos como educadores cristianos son: ¿cuál es mi don y cómo debo acrecentarlo y compartirlo?, ¿qué don descubro en el corazón de mis educandos y como los ayudo a vivirlo plenamente en el servicio de los demás? Lo más maravilloso de este don único que Dios nos ha dado y que Dios da a cada persona es que cuanto más lo compartimos más lo poseemos, de manera que la mejor manera de acrecentarlo es darlo sin medida.

Ante el ser humano, misterio y paradoja, ser histórico en continua construcción, la escuela cristiana debe situar la educación como camino e itinerario; como la llamada a alcanzar la estatura del hombre perfecto: Cristo (Ef 4,13), conscientes de que el ser humano no es ni pura razón, ni pura luminosidad, sino también emoción, sentimiento, instinto, pasión y deseo. Por consiguiente se trata de una educación integral que nos haga evitar el verdadero peligro anti-humanista: el peligro del hombre máquina o el peligro del hombre bestia. Una educación que tenga en cuenta la cabeza, el corazón, las manos y los pies.

Si el centro de la escuela cristiana es la persona, se trata de la persona en relación. Como muy bien lo ha expresado Martin Buber, solamente en la apertura al tú y en el nosotros que resulta, el yo alcanza su plenitud. Zygmunt Bauman, en su libro Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, nos presenta con mucho realismo algunas de las características de nuestro mundo hoy. A partir del amor y su diferencia con el deseo nos describe la realidad que fácilmente hoy vivimos. Para el amor toda distancia, por más pequeña que sea, se experimenta como insostenible, porque lo propio del amor es unir, fusionar e identificar. El deseo, por

el contrario, es ansia de consumir. En realidad, más que de deseo, de lo que habría que hablar es de las ganas de. Y las ganas de no pueden asegurar ni la fidelidad ni el compromiso porque lo que buscan es multiplicar experiencias de acuerdo a donde se dirijan las ganas. El amor lleva a relaciones personales estables o sólidas, las ganas de a conexiones líquidas que fácilmente se pueden borrar o cambiar, olvidar o multiplicar de acuerdo con lo que me gusta y sin mirarnos a los ojos.

Hoy se da cada vez más importancia a lo que podríamos llamar relaciones a distancia o proximidad virtual. La conclusión a la que llega Bauman es que hoy es más difícil amar al prójimo, porque cada vez creamos más barreras y nos ingeniamos para comunicarnos a control remoto, a lo que habría que añadir que la cultura del miedo que hoy vivimos nos hace protegernos y tomar distancia de aquellos que son diferentes. Ante esta situación, la escuela cristiana debe formar para la relación y el aspecto comunitario debe ser prioritario.³

TRABAJAR COMO OBREROS DE LA MISMA VIÑA

Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa
llegar pronto ni solo,
sino llegar con todos
y a tiempo.⁴

No podemos separar la misión que a través de la escuela cristiana el Señor nos confía, de la comunión existencial con que debemos vivirla. La escuela cristiana del futuro será el resultado de la confluencia de los diversos estamentos educativos de la Iglesia trabajando unidos y sintiéndose respon-

³ Cf. Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2003.

⁴ León Felipe, *Versos y oraciones del caminante*, Visor, Madrid, 1981, p.73.

sables del proceso educativo. El Espíritu Santo nos convoca, hoy aun más que ayer, a «tener juntos y por asociación» la misión que la Iglesia nos ha encomendado. Juntos y asociados, Religiosos, Religiosas, Sacerdotes y Seglares, como parte del pueblo de Dios, nos corresponde reinventar un proyecto educativo inspirado en los valores evangélicos, para responder a las nuevas necesidades de los niños y de los jóvenes que estamos percibiendo. Unidos debemos animar, impulsar, obras educativas y evangelizadoras y crear sistemas pedagógicos, proyectos, programas, metodologías, técnicas educativas que propicien la formación integral del niño y del joven y también del adulto que solicita nuestro apoyo.

La raíz teológica de esta verdad la encontramos expresada bellamente por San Pablo en un texto fundamental: «Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y una misma esperanza. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre que actúa por todos y está en todos» (Ef 4,5). No cabe duda, que es más lo que nos une que lo que nos hace diferentes y que, por consiguiente, estamos llamados a ampliar los espacios de comunión entre nosotros. «Obreros de la viña son todos los miembros del pueblo de Dios: los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los fieles laicos, todos a la vez objeto y sujeto de la comunión de la Iglesia y de la participación en su misión de salvación. Todos y cada uno trabajamos en la única y común viña del Señor con carismas diversos y complementarios.»⁵

Por otra parte, la Iglesia hoy, nos invita a vivir ante todo una espiritualidad de comunión: Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo (NMI 43). Creo que podemos aplicar a todas las personas implicadas en la educación cristiana lo que St-Exupéry dice de la amistad: No se trata tanto de vernos los unos a los otros sino de mirar juntos en la misma dirección. Y esta dirección no puede ser otra que el

⁵ Juan Pablo II, ChL 55.

servicio educativo y evangelizador de los niños y jóvenes que Dios en su designio salvador pone en nuestras manos. A partir de esa finalidad y animados por este espíritu deben construirse las estructuras que aseguren la escuela cristiana del futuro.

En una espiritualidad de comunión, aparece con claridad que el Bautismo es el sacramento esencial del Pueblo de Dios que constituye a cada uno, a partir de su vocación específica, en reflejo de la Trinidad. Se trata primeramente de un pueblo de iguales. Antes que las diversas vocaciones, estructuras, ministerios, funciones u organización está la comunidad eclesial en la que todos somos hijos del Padre, hermanos y hermanas, pueblo santo, sacerdocio real. El Concilio reemplaza el esquema piramidal por el circular, recordándonos con el Evangelio que no debe ser así entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros que sea esclavo de todos (Mc 10,43-44). En este Pueblo de Dios, como dice San Pablo, ya no hay ni judío, ni gentil, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, todos somos hermanos y hermanas, entrelazados en una relación familiar de características divinas.⁶

Esta imagen de la Iglesia como Pueblo de Dios es un llamado permanente a poner siempre de relieve y en primer lugar el carácter comunitario de la Iglesia, que a su vez debería estar presente en la escuela cristiana del futuro, una comunidad en la que no hay jefes y empleados, sino solamente iguales que se relacionan entre sí como hermanos y hermanas en vistas a la misión común y al ministerio que juntamente desempeñan.

Un elemento muy importante de la escuela cristiana de hoy y de mañana es la presencia de la mujer, que gracias al papel histórico que le corresponde, será sin duda un aporte fundamental en la construcción de una sociedad más humana y fraternal, al permitirnos revisar nuestros esquemas mentales,

⁶ Cf. Alvaro Rodríguez, *Carta Pastoral Consagrados por el Dios Trinidad como Comunidad de Hermanos: Mensajeros y Apóstoles Enviados por la Iglesia para hacer presente El Reino de Dios*, 2009, p. 7.

situarnos en la historia de una manera diferente, organizar la vida social, política, económica y religiosa de una manera más intuitiva y cordial.

Finalmente, me parece importante señalar que el mundo adulto que se crea en torno a un proyecto educativo cristiano, no sólo existe en función de la misión que realiza, sino que encuentra un ámbito de crecimiento personal, familiar y comunitario. Y esto porque la escuela cristiana es un lugar de vida que permite el encuentro con diferentes grupos, la confrontación de ideas, la renovación de la vivencia familiar, la participación litúrgica y sacramental, el diálogo interreligioso, y la respuesta a las inquietudes existenciales a través de una espiritualidad compartida.

HUMANIZAR

Hoy hablamos de la centralidad de la persona. Ciertamente hoy como ayer el ser humano no ha dejado de ser un misterio. Nuestro ser resulta paradójico. Son muchos los elementos que combaten en nuestro interior. Como criaturas, experimentamos múltiples limitaciones; sin embargo, nuestras aspiraciones y deseos son infinitos. Libres, nuestra libertad en cierto sentido se destruye a sí misma una vez realizada la elección. Elegir es renunciar. Por otra parte, con San Pablo experimentamos que hacemos lo que no queremos y dejamos de hacer lo que queremos. Abiertos a los demás, nuestra hambre de amor es insaciable y nuestra entrega casi siempre egoísta. Nuestra vida se presenta como lucha dramática, en la que muchas veces somos derrotados. Superiores al universo entero, por nuestra interioridad podemos alzarnos de lo visible a lo invisible, o dejarnos esclavizar, como nuevo aprendiz de brujo, por las fuerzas desatadas por nosotros mismos. La escuela debe dirigirse a la totalidad de esta persona que siempre está más allá de lo que podamos pensar y aún intuir.

Hoy es importante que ofrezcamos una propuesta humanista integradora y con bases éticas ya que uno de los mayores problemas que vivimos es la deshumanización en la que estamos cayendo. Es un fenómeno con raíces muy antiguas. Si comparamos al hombre del ayer arcaico con el hombre de

hoy, parece que la existencia de aquél hubiese consistido en unas formas técnicas rudimentarias, girando en torno de una plenitud escondida, que se expresa en los mitos; mientras que la existencia de éste, viene a ser lo contrario: una técnica perfecta y un trabajo abrumador, que giran muchas veces en torno a la nada. En este sentido afirma Luis Cencillo: «La filosofía occidental ha desintegrado la armonía lógico-mística del pensamiento griego, ha roto imprudentemente su equilibrio y apoderándose con exclusividad del Organon aristotélico, se ha dedicado a disecar la vida mental del hombre»⁷.

Según Ignace Lepp, la filosofía occidental nace de preocupaciones de índole física, lo que ha dado como consecuencia lógica e histórica el carácter inhumano y materialista de la civilización occidental: «Bergson se pregunta a qué habría llegado la civilización humana si su punto de partida hubiera sido lo psicológico y no lo físico y nos dice que probablemente el progreso no se hubiera convertido en un fin en sí mismo, ni habría aplastado al hombre sino que estaría al servicio de su verdadera libertad»⁸.

Según San Buenaventura el hombre se encuentra en una situación intermedia entre Dios y las cosas. Situada entre dos extremos, el alma se vuelve hacia Dios y hacia las cosas. Lo primero es la sabiduría, lo segundo, la ciencia.⁹ Las dos dimensiones son necesarias para una plena realización. La escuela cristiana está llamada a integrar estas dos dimensiones: dominar la naturaleza y progresar en el mundo, y dominarse a sí mismo y avanzar en el espíritu.

Pascal afirma que «conocemos la verdad no sólo con la razón sino también con el corazón... Los principios son sentidos, las conclusiones deducidas... Es el corazón quien siente a Dios y no la razón. He aquí lo que es la fe: Dios sensible al corazón y no a la razón»¹⁰. Por otra parte podemos decir que el amor nos hace «sentir» la verdad disponiendo a nuestro espíritu a

⁷ Luis Cencillo, *Mito, semántica y realidad*, BAC, Madrid, 1970, p. 451.

⁸ Ignace Lepp, *Filosofía cristiana de la existencia*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1963, p. 12.

⁹ Cf. Gilson E., *La Philosophie du Moyen Age*, 2 ed. Ed. Payot, Paris, 1947, pp. 439-448.

¹⁰ Pascal, *Pensées*, IV,280, 278, citado por Clemente Fernández, *Los filósofos modernos*, selección de textos, I tomo, BAC, Madrid, pp. 130-131.

experimentarla con mayor interioridad y más facilidad. Podríamos decir que es un conocimiento gustado. Santo Tomás nos dice que el que ama se refiere al objeto amado como a sí mismo o como a algo suyo. En el mismo sentido San Agustín llega a decir que somos lo que amamos¹¹.

La educación hoy debe llevar a los jóvenes al encuentro con Dios en su propio interior. Debemos educar para la interioridad. Paradójicamente, esto se logra cuando facilitamos el descubrimiento de la propia fragilidad. En el Euro La Salle 94 de Estrasburgo, Gabriel Ringlet vicepresidente de la Universidad de Lovaina en Bélgica, lo expresaba con estas estupendas palabras: «Pienso que es urgente hoy, educar a la fragilidad. En la casa, en la escuela, en la Iglesia, en el trabajo, en la pareja. No hay deshonor en el reconocer los propios errores, las fisuras, rupturas, arrugas... cuando se es padre, cónyuge, profesor, vicerrector, cura. Cuando se es Dios. La grandeza única del cristianismo, es osar decir que Dios es frágil. Es osar decir que en cada hombre, aún en el más miserable, **«existe una fisura que abre a otro universo»**. La clave de la experiencia pedagógica, como la clave de la experiencia amorosa, como la de la experiencia espiritual, es la no-plenitud... ¡Qué maravillosa vocación para la escuela de hoy! Invitar a cada uno a alcanzar su propia tierra interior. Permitir a cada uno descubrir su tierra prometida. Animar a cada uno a decir su palabra. Ayudar a cada uno a descender hacia su verdad más secreta»¹².

Como nos lo recordó Pablo VI humanizar es ya evangelizar. Debemos estar convencidos de que trabajar en educar personas libres es ya disponerlas a la fe; que evangelizamos cuando despertamos en los jóvenes el convencimiento reflejo de lo que vale su existencia y de lo sublime que es su destino humano cuando les ayuda a encontrar la verdad, a conquistar la propia libertad, a saber escuchar, amar, servir a los demás, cuando les inculca el amor de la justicia, de la fraternidad, de la fidelidad. «Procurar que el hombre comprenda la vida, la verdad y el amor, es ya realizar obra divina, pues

¹¹ San Agustín, Comm 1 ep. Johan,II,14.

¹² Congrès Euro La Salle 4-5-6 mars 1994, en la revista Action Educative Lasallienne, n° 49, págs. 39-40.

el Reino de Dios no se constituye únicamente por la actividad de la Iglesia, sino también por el trabajo del mundo»¹³.

SOLIDARIZARSE CON LOS POBRES: HOMBRES Y MUJERES PARA LOS DEMÁS

La escuela cristiana del futuro debe manifestar el rostro humano de la Iglesia donde cada miembro de la comunidad educativa: directivos, profesores, administrativos, alumnos, padres, exalumnos... tenga la oportunidad de vivir como pueblo de Dios de manera fraterna, humilde, compasiva y solidaria. Se trata, por consiguiente, de una escuela no cerrada sobre sí misma sino abierta al mundo y en particular al mundo de los pobres. De allí que los programas, en sus contenidos y metodologías y todas las actividades escolares han de estar marcadas por la perspectiva de la sensibilización y compromiso sociales. Campañas humanitarias, solidaridad en la ayuda a personas afectadas por desastres naturales, apoyo misionero, son manifestaciones de nuestra opción por el pobre. Se han de privilegiar los grupos juveniles que en diferentes formas viven y crecen en su fe, gracias a la proyección de servicio a favor de los desfavorecidos de la sociedad.

La escuela cristiana está llamada a ser signo de solidaridad, abriendo sus puertas a todos, especialmente a aquellos que por diversas circunstancias viven situaciones de pobreza y exclusión. Debe unir al mismo tiempo solidaridad con justicia. Como decía el Hermano José Pablo Basterrechea: «¿Qué es servir a los pobres sino establecer con respecto a ellos un mínimo de justicia, facilitándoles el acceso a la educación, ayudándoles a clarificarse, proponiéndoles una pedagogía adaptada a su cultura, presentándoles el Evangelio en su propia lengua? El servicio de los pobres y la promoción de la justicia, lejos de ser heterogéneos, se llaman y se complementan»¹⁴.

¹³ Declaración del Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual 41,3, Centro Vocacional La Salle, Valladolid, 1998 p. 59.

¹⁴ José Pablo Basterrechea, El servicio educativo de los pobres y la promoción de la justicia, Circular 412, 1980, p. 62.

La educación para la justicia no debe ser únicamente una asignatura específica sino un eje transversal que recorra todo el currículum. Este eje transversal debe verse reforzado por la praxis diaria dentro de la escuela. Es importante crear un micro-clima, ofrecer un modelo alternativo en pequeño, que no reproduzca los antivalores que la sociedad muchas veces nos presenta: culto al mercado, corrupción, lucha, competición, consumismo... Es importante vivir en el interior de la escuela una experiencia de justicia en la que valores como la solidaridad, la comunión, la participación, sean prioritarios. De lo contrario la escuela corre el peligro de reproducir el sistema y preparar a los alumnos para una sociedad de privilegios, adiestrándoles en la lucha competitiva e insolidaria y eso es lo que tenemos que tratar de evitar si queremos ser fieles al espíritu evangélico.

El Padre Kolvenbach, por entonces Prepósito General de los Jesuitas, en un encuentro con los antiguos alumnos de Bolivia en el año 2001, hablaba de la presión tremenda a la que se ven sometidos los centros educativos en la jungla globalizada en la que nos movemos, en la que sólo sobreviven los más preparados y añadía: «Naturalmente tenemos que preparar a nuestros estudiantes para que puedan competir en el mercado y asegurarse uno de los relativamente escasos puestos de trabajo disponible. Pero si éste es el único criterio que tenemos para evaluar nuestras instituciones, podemos considerarnos como fracasados... Si lo que logran es simplemente convertirse en hombres y mujeres «para sí mismos y los suyos», y no «para los demás», especialmente para los pobres y excluidos, nuestra educación no habrá conseguido su objetivo, no habremos educado para la justicia»¹⁵.

Sabemos que no podemos contentarnos con promover solamente un servicio asistencial y que es importante, también, ir a las raíces de la pobreza y buscar soluciones estructurales. Hablar de justicia nos debe llevar a promover experiencias concretas y a no quedarnos en el universo de las palabras y las buenas intenciones. Debemos trabajar por construir un mundo donde la educación sea patrimonio de todos y en donde los niños y jóvenes pobres encuentren posibilidades de participación y crecimiento.

¹⁵ Peter Kolvenbach, Encuentro con exalumnos, La Paz, Bolivia, 2001, EDUignaciana en la red.

Si bien la escuela cristiana del futuro ha de estar abierta al diálogo con el mundo en el doble movimiento de dar y recibir, no es menos cierto que su reacción contracultural ha de ser muy clara. Reacción anticultural ante la invasión de imágenes, discursos, criterios que el mundo presenta y que la publicidad hace pasar por nuestro universo afectivo. Consumismo, superficialidad, laxismo, relativismo, ambición económica y de poder político, corrupción, xenofobia, desigualdad social, abusos sexuales, pornografía, drogadicción, delincuencia son, entre otras, taras que bajo un ropaje de oropel se ofrecen a nuestros jóvenes. Ser profunda y educativamente anticultural, ser un modelo alternativo de sociedad, ha de ser un signo propio y definido de la escuela cristiana que vive y promueve a Jesús y su mensaje de verdad y de amor.

SER INSTRUMENTO DE EVANGELIZACIÓN: REALISMO MÍSTICO Y PROFÉTICO

Imposible pensar la escuela cristiana del futuro sin el realismo místico y profético que está llamada a vivir y a testimoniar. Educar desde la perspectiva de la fe es formar hombres y mujeres que viven de la fe. La escuela está llamada a propiciar la unificación de la persona del educando gracias a una vida interior viva y a comportamientos coherentes con su fe; una fe que es doctrina y praxis.

Se ha dicho que creer hoy es comprometerse, y la educación cristiana pretende que los alumnos vivan una fe operativa en la práctica del amor (Gal 5,6), que se preparen para ser creadores de relaciones más justas entre los pueblos, que se comprometan en la acción en favor de la justicia y la paz, que se interesen por la globalización de la solidaridad. Síntesis vital a nivel personal y social que ha de prolongarse a través de la vida entera de los estudiantes: fe y amor abrazan la realidad de cada día y se actualizan en el proyecto de vida de cada uno. La escuela cristiana del futuro está llamada a potenciar el sentido de comunidad y fraternidad, frente al individualismo y la masificación; a comprometerse en la lucha contra la pobreza; a promover la educación para la justicia, la paz, la solidaridad y la tolerancia,

con la mira de formar personas libres y justas. Se trata de una renovación educativa que va más allá de lo meramente gerencial o del reforzar determinadas disciplinas escolares por importantes que sean.

Como lo ha expresado muy bien Paulo VI: «El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas. Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna»¹⁶.

La relación entre Evangelio y cultura nos debe llevar a un cambio de actitud. Pasar de la imposición a la escucha; de mandar a compartir; de pensar que ya lo sabemos todo, a la tarea humilde y exigente de prepararnos para evangelizar de una forma nueva en un mundo cada día diferente. No podemos olvidar que para evangelizar es fundamental inculturarnos en el universo cultural de los jóvenes, conscientes de que si les imponemos formas de ser y pensar ajenas, que no tienen en cuenta su sustrato cultural, tarde o temprano terminarán rechazándolas o serán en ellos algo periférico y superficial.

Tampoco podemos olvidar que «la Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios»¹⁷. Por eso Pablo VI afirmaba que a partir del discurso de Pedro en Pentecostés, la historia de la Iglesia se confunde con la historia de este anuncio.

La escuela cristiana del futuro, como la de hoy, está llamada a impregnar de Evangelio la totalidad de su ser. El ambiente, las relaciones, la disciplina, las diversas materias, la catequesis, el testimonio, las experiencias apos-

¹⁶ *Evangelii Nuntiandi* 20

¹⁷ *idem*

tólicas, los grupos de profundización de la fe, el servicio de los pobres... son sus manifestaciones normales. La escuela en clave pastoral es aquella en la que la praxis transformadora de una comunidad eclesial toma cuerpo, comprometiéndose en la proclamación del Evangelio y en la promoción de la dignidad de la persona, celebrando así la presencia salvadora de Dios en medio de ella. La pastoral es la mediación que facilita el encuentro de la persona con Dios y el descubrimiento de su plan de salvación.

La pastoral se traduce en una inmensa gama de posibilidades inspiradas por la creatividad y por el celo apostólico: Departamento de Educación de la Fe, comisiones, voluntariado, comunidades cristianas de vida, grupos juveniles, grupos de oración, misiones, grupos apostólicos de servicio a los pobres, retiros, grupos de estudio...

Pero sin duda, la escuela cristiana deberá dar una especial atención a la catequesis. El Hermano José María Pérez Navarro, en su tesis doctoral nos recuerda la primacía y la actualidad que sigue teniendo la catequesis en nuestra misión educativa: «la catequesis es una prioridad para la Iglesia; nuestra misión es una de las más necesarias; el anuncio de Jesucristo es el centro de la catequesis; el catequista debe tener una buena preparación en todos los aspectos; la escuela cristiana es un lugar privilegiado para el anuncio de la Buena Nueva; la catequesis debe ocupar el lugar destacado en ella; la escuela cristiana debe tener un clima favorable para que la fe pueda crecer; la escuela cristiana debe convertirse en comunidad de fe viva; no se dará verdadera educación de la fe sin el testimonio de los educadores y el ambiente fraternal que debe reinar en ella»¹⁸.

ABRIRSE AL DIÁLOGO ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO

La escuela cristiana, por ser cristiana no es un ghetto cerrado; al contrario, tiene cabida para todos. Así hace suyo el modelo de Jesús, el hombre-para-los-demás y su proyecto universal de salvación de dar vida y vida en abun-

¹⁸ José María Pérez Navarro, *La catequesis lasaliana en los últimos 50 años*, p 180.

dancia (Juan 10,10). Todos los miembros de una comunidad educativa cristiana se deben sentir impulsados y comprometidos en un diálogo sincero con hombres y mujeres de otras confesiones cristianas, de otras religiones, con personas de buena voluntad, para construir juntos la civilización del amor. Esto todavía se hace más imperativo en la medida en que en el mundo globalizado que hoy vivimos y que cada día cobra más espacio, convivir con las distintas religiones y con la increencia será la moneda común.

Este diálogo de comunión, enriquecido y fortalecido por la fe, nos ha de llevar a conocer, escuchar, informarnos, encontrar y acoger, a los «diferentes» en un discernimiento que nos permita que las reflexiones, los programas y las decisiones puedan ser compartidos y al mismo tiempo cada uno se sienta como alguien irrepetible, necesario, con una misión complementaria y una corresponsabilidad afectiva y efectiva. De esta manera podremos tener la capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: Un ‘don para mí’, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente (NMI 43) sin hacer acepción de culturas ni de religiones.

Como nos lo recordaba Juan Pablo II al presentarnos la finalidad de este diálogo: La Iglesia pretende descubrir las «semillas de la Palabra» (AG 11,15), el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres, semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad¹⁹.

Me parece que las raíces más profundas del diálogo interreligioso están en el Evangelio y en la enseñanza, libertad y praxis de Jesús. Para Él, el mandamiento principal es amar a Dios y al prójimo. Para Él, al final de la vida se nos juzgará sobre el amor: Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed... (Mt 25). El diálogo de la vida, más allá de las diferencias religiosas, nos debe llevar a construir un mundo donde todos puedan ser y sentirse hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas entre sí, y a tener una atención

¹⁹ Redemptoris Missio, 56.

del todo particular por los pobres y los que sufren. En una palabra a construir juntos el Reino de Dios a base de acogida, perdón, humildad, cercanía, ternura, solidaridad, compasión y misericordia.

DEFENDER LA NATURALEZA Y FAVORECER LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

El designio salvífico de Dios, el Reino de Dios, no deja fuera la creación. Ésta también está llamada a transformarse, por eso podemos hablar de cielos nuevos y tierra nueva. Esto supone un compromiso con nuestro mundo y con nuestra historia, coordinadas del proyecto salvífico de Dios. La escuela cristiana del futuro deberá integrar estas dos dimensiones. No somos sólo consumidores y usuarios, somos los responsables de la creación y de sus frutos.

Sin duda, la preocupación por el cambio climático y sus consecuencias debe formar parte del currículo educativo de nuestros centros, así como la interiorización de actitudes de respeto, gratitud, amor y solicitud por nuestra madre tierra. Todos debemos empeñarnos, como decían los indios guaraníes del Paraguay, en la búsqueda de «la tierra sin males». Se trata de una alianza con la creación y de un sí decisivo en su tutela. La tierra es nuestra casa común, en ella nos realizamos como personas, nos encontramos con los demás, descubrimos a Dios. Tenemos el deber de despertar en los jóvenes la solidaridad para compartir sus recursos y tomar los medios, por pequeños y desproporcionados que estos puedan parecer, para dejar a las generaciones futuras un mundo habitable. Y por otra parte aprender en este punto de los jóvenes, ya que como nos dice el Cardenal Martini: «*Los jóvenes nos llevan la delantera en la dirección de la justicia. ¿Quiénes advierten a la industria acerca de la destrucción del medio ambiente, y quiénes protestan? La juventud tiene una conciencia nueva y sensible de lo que nosotros los teólogos, llamamos la creación. En este punto sólo podemos dejarnos arrastrar por ellos*»²⁰.

²⁰ Carlò M. Martini, *Coloquios nocturnos en Jerusalén*, Editorial San Pablo, Madrid, 2008, p.192.

Sabemos que hoy como nunca el ser humano ha ampliado de modo extraordinario el horizonte de sus conocimientos, pero, al parecer, lo que ha ganado en extensión, muchas veces lo ha perdido en profundidad. La suma de sus conocimientos no le da una visión de la totalidad, y ante el universo siente muchas veces el vértigo del vacío. Esta vivencia sin duda se reforzará en el futuro y, como en el pasado, aparecerán muchos mesianismos como medicina salvadora para este *animal enfermo* que es el hombre, según la expresión de Hegel. Y el hombre ha creído ver su salvación, más que en otros, en el camino embriagador de la ciencia y de la técnica y, más recientemente, en el mundo de lo virtual. Pero tanto la matematización, que opera mediante símbolos abstractos, como la informática, que lo hace mediante conexiones, son incapaces de descubrir al hombre hambriento de saber y de relación, la realidad última de las cosas.

Estamos viviendo a nivel cultural un momento de transición entre la palabra y la imagen. La sabiduría hoy es remplazada por la excelencia. Importa más la razón instrumental que el sentido de la vida. «Hoy se ha desplazado el acento del ser y el tener hacia el aparentar. Estamos en la sociedad del marketing. La apariencia dirige la vida de las personas. No importa ni ser ni tener, sino aparecer, lucirse, aunque detrás quede un vacío existencial y una posesión ilusoria de los bienes»²¹.

Para conocer verdaderamente no basta ni la inteligencia, con su estructura analítica que detiene el movimiento, ni el instinto, que es inconsciente. Necesitamos una mirada contemplativa, intuitiva, que nos coloque en el interior del objeto por una especie de simpatía que destruye la barrera que se interpone entre él y nosotros. Lograr lo anterior y recuperar el equilibrio perdido, es una de las metas más importantes de la escuela cristiana del futuro.

La dimensión contracultural no impide, sin embargo, sino que exige la atención crítica y creativa y la optimización del «cuarto escenario» (además de familia, escuela y medio ambiente) para la educación. Este cuarto escenario

²¹ J. B. Libânio, *Impactos de la realidad socio cultural y religiosa sobre la Vida Consagrada desde América Latina, Pasión por Cristo pasión por la humanidad*, Congreso Internacional de la Vida Consagrada, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005, p. 178.

está basado en la interacción no presencial sino representacional y a distancia. Las redes electrónicas que lo alimentan están diseminadas en múltiples lugares y países. Su construcción se fundamenta en las nuevas tecnologías, basadas en la electrónica y manifestada en la realidad virtual. La escuela cristiana de hoy y de mañana ha de asumir este nuevo ámbito educativo, impulsar la capacitación de su personal, aplicar las nuevas tecnologías a la formación de su personal, a la pastoral y a la educación, al recibir y compartir proyectos, pensamiento, metodologías y diseñar nuevos escenarios donde los estudiantes aprendan a utilizar e intervenir positivamente en el nuevo espacio telemático, sin perder de vista una educación integral en la cuál los conocimientos deben llevar a una vida plenamente humana y a la transformación de la sociedad y del mundo, nuestra casa común.

CONCLUSIÓN

Juan Pablo II, en la Carta Apostólica «Novo Milenio Ineunte», indicaba que la Iglesia en este nuevo siglo debe «apostar por la caridad... proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano» (NMI 49). Es decir, tiene que ser humana y dar testimonio del Dios de Jesús, misericordioso y compasivo, siempre cerca del pobre concreto y del que sufre. Y continúa diciendo que hay que hacerlo con «imaginación» y «creatividad» (NMI50), de forma que todos vean que tiene manos y pies que son los nuestros. Todo esto no hace más que recordarnos el viejo adagio que usó Jesús: «A vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2,22). Por consiguiente, tenemos necesidad de nuevos paradigmas que propongan y digan algo a las nuevas generaciones²².

Me parece que el futuro de la escuela cristiana dependerá en gran parte de hacer suya también esta apuesta por un amor activo por cada persona, y hacerla con imaginación y creatividad, de manera que cada persona alcance su plenitud en Cristo y prosiga su misión para aliviar el dolor del mundo, un mundo en el que todos puedan vivir con dignidad y encontrar el sentido último a sus vidas.

²² Cf Alvaro Rodríguez, *Testigos de Jesús en un mundo inhumano*, Testimonio 233, mayo-junio 2009, Santiago de Chile, p. 75.